

86-6  
CARLOS B. SEVILLA

# RASGOS HISTORICOS

---

UN SIGLO DE VIDA  
REPUBLICANA



1930

AMBATO - ECUADOR

CARLOS B. SEVILLA

# RASGOS HISTORICOS

UN SIGLO DE VIDA  
REPUBLICANA



1930

Imprenta "Progreso"

AMBATO - ECUADOR

## RASGOS HISTORICOS

### UN SIGLO DE VIDA REPUBLICANA

#### I

Como toda nación que aspira a un porvenir de gloria y de progreso, y sus tendencias la conducen a la lucha y al sacrificio heroico, impulsadas por nobles sentimientos de altivez que en su alma germinan, el Ecuador incapaz de tolerar por más largo tiempo, la humillante vida de vasallaje y tiranías, sintió encenderse en su mente, la ardiente idea de su libertad, *Quito la ciudad luz*, fué la primera que se lanzó a los hechos, profiriendo con voz estentórea, el primer grito de independendia entre las naciones de Latino-América. Aquel grito de ejemplar audacia inició la primera página de la Historia inmortal de nuestra guerra magna, porque extendiéndose veloz por el horizonte infinito de los países esclavizados por el despotismo del trono, advirtió a los pueblos que era llegada la hora de las reivindicaciones de derechos, el momento de las santas rebeldías contra el poder de España; vos inmortal que repercutiendo como el true-

no de los Andes, electrizando los corazones despertó el espíritu batallador pero hasta entonces aletargado de los hijos de América.

En todas partes se improvisan caudillos, surgen gigantes que más tarde, después de heroicas y desiguales luchas, de abnegación, de esfuerzos inauditos, de sacrificios inverosímiles, habían de coronar con gloria la epopeya más famosa pero más horrenda que la Historia Universal registre en sus anales y las generaciones y los siglos admiren.

El destino de los pueblos parece que estuviera de antemano escrito, y que, la Providencia, para realizar los sucesos extraordinarios, que han de conducirlos al éxito o al fracaso, a la felicidad o al infortunio, a la esclavitud que envilece o a la libertad que dignifica hace nacer hombres que amoldados por su carácter, por el superior espíritu que se llama Genio, han de realizar los hechos que las transforme cambie las costumbres y haga germinar las ideas que han de dar lucimiento a una época en que hombres y pueblos se ennoblecen con su redención, forman su alma y avanzan hacia su fin: el progreso, que, según la expresión de un sabio historiador, *“es una pirámide cuya base toca en la tierra y cuya cúspide se remota a los cielos.”*

Cada edad, cada generación, se suceden con su índole propia, tienen su fisonomía y su carácter, de los cuales dimanar sus aspiraciones y tendencias, a cuya realización concurren como el alma que las anima, los hombres escogidos que vienen a la vida por secretos designios providenciales, fulgurando en sus mentes la luz creadora que ha de guiar a las multitudes con una como fuerza magnética hacia un fin determinado y encendido en el corazón, el fuego de la audacia dispuesto al sacrificio y al heroísmo.

Todo concurre para grandeza de los pueblos: retrocedamos a la civilización helénica y sorprendidos contemplaremos aquella floración de genios que tanto nos asombra; porque de la civilización helénica se deriva la civilización universal que desde entonces comenzó a desenvolverse en las naciones: la filosofía, las bellas artes, las sabias leyes y los grandes hechos del valor gerrero, todo, todo se concatena entre sí para marcar el progreso humano: con la civilización griega nace el canto épico con Homero y Píndaro; el derecho y las sabias leyes de igualdad y justicia, con Solón y Licurgo; el arte estatuario, con el divino Fidias; la historia, con Herodoto; el heroísmo patriótico, con Milciades y Temístocles; la probidad y rectitud, con A-

rístides y Foción; la tragedia, con Esquilo; la oratoria y ciencia de gobernar, con Pericles; la medicina, con Hipócrates; la comedia, con Aristófanes; la Pintura, con Polignoto; y por fin, al patriotismo más acendrado sirven de ejemplo Leonidas y muchos capitanes. Pero indudablemente lo que floreció con mayor fecundidad y asombroso vigor, fué la filosofía, con Sócrates, Platón y Aristóteles, cuyas obras de ejemplares virtudes, debían, al andar de los siglos, influir en el desarrollo universal. Derivada de la civilización griega, fué la civilización romana que hizo de ella la señora del universo. Por eso vinieron a la vida Sócrates para dar abajo con los falsos dioses, y sentar una doctrina racional como principio de moral universal; por eso vino Jesús al mundo para predicar la igualdad y la fraternidad entre los hombres, fundar su doctrina sublime con sus ejemplos prácticos y sabias enseñanzas y marcar una era de civilización y grandeza.

Desgraciadamente parece que por un sino fatal, el engrandecimiento de la humanidad, el progreso en general, marcaran una condición ineludible, de que no ha de llevarse a efecto, sino a base de aterradoras tragedias de sangre y de horripilantes hecatombes, de tal suerte, que todas las historias políticas

de las naciones, podemos afirmar sin temor a contradicciones, que no son otra cosa sino epopeyas de sangre y de dolor realizadas por el furor incontenible de los odios entre opresores y oprimidos, y que el grito feroz de la ira y de la venganza había de llenar el mundo desde las primeras edades; porque en todo tiempo han existido tiranos cuyas tendencias han tirado siempre a esclavizar razas y deprimir pueblos, derramando miserias y amarguras, con las cuales se han nutrido todas las naciones, cuyas torturas han devorado a la humanidad por siglos infinitos, hasta que la desesperación hecha aliento y convertida en llama de heroísmo en los pueblos, hanles conducido a las luchas por su libertad, reclamando la justicia y los derechos que la iniquidad del despotismo de familias privilegiadas o naciones conquistadoras las negaron, encastilladas en sus rudas pasiones de ambición y codicia, que llevan como cortejo todas las depravaciones que la tiranía aconseja para dominar y tiranizar naciones.

Violencias, vicios, depravaciones y tiranías, pasiones nefandas de toda especie, han desarrollado los señores del mundo en todos los continentes; porque Calígulas y Eliogábalos como en Roma, han existido en todos los países del

mundo, aunque con nombres diferentes; y todas, cual más cual menos, han, gemido bajo la férula del despotismo encarnizado de los reyes. Y nosotros los americanos-latinos? Inútil es por ahora rememorar esa historia de lágrimas, de quejas, de dolores; esa angustiosa historia de infortunios que durante tres centurias hicieron gemir a nuestros antepasados en un florecimiento de martirios inventados por el genio fecundo de la intransigencia. En ese ambiente de desgracias vegetaron a doloridos gimiendo bajo el peso abrumador de una vida misérrima, devorando las hieles del desprecio y las afrentas sufridas, pero acariciando, eso sí, la idea reivindicadora, de la cual un día habían de surgir la Libertad, la Dignidad y la Justicia.

## II

El momento de la lucha llegó, colmada que fué la indignación en los corazones de los americanos; pero qué lucha y q' hombres fueron los actores en ese drama colosal de épicas hazañas y de pavorosas escenas. Consignados en nuestra historia gloriosa están aquellos hechos asombrosos del valor y el inaudito esfuerzo americano: la guerra a muerte decretada por los pacifi-



cadores españoles; el incendio y la total destrucción de aldeas y ciudades, la inaudita matanza de niños, ancianos y mujeres establecida por Boves y Morillo como medidas de pacificación y sometimiento a las santas rebeldías de los patriotas, contra las iniquidades derramadas a manos llenas sobre los pueblos. Esa guerra de titanes y de mártires, horrenda desde sus comienzos, iniciada con el cobarde asesinato de los mártires del 2 de Agosto, tiene para nosotros cuando la leemos, todos los encantos emocionantes de la más grande admiración, por la sublimidad de los hechos realizados, y por la gloria del vencimiento. Esa guerra hizo naciones libres de naciones esclavas, sacándolas de la abyección y del ultraje, y se constituyeron en repúblicas. Para ese hermoso destino, nacieron al mundo, como por un providencial decreto, Bolívar y Sucre, San Martín, Higgins, Hidalgo y muchos héroes, cuya grandeza de alma venía amoldada a la grandeza de esa época de rudo batallar sin tregua, durante la cual, el alma americana, sólo tenía un principio y un fin: la Libertad o la muerte.

La Libertad es virtud celeste comunicada por el creador al hombre; pasión ennoblecedora y santa que arde como llama bendita en el corazón

de los pueblos; idea pertinaz que se agita en el cerebro de las razas como un delirio de grandeza; y esa pasión avasalladora y tenaz ardió en el pecho de Bolívar; el delirio excelso de redimir pueblos, vivió en su mente soñadora, y el hombre vidente del porvenir de la regeneración americana, conducido por la influencia de un genio misterioso que gobernaba su alma, un día, inspirado por la idea subió al monte Aventino, al monte de las libertades romanas que por siglos de siglos había presenciado la grandeza y decadencia de la ciudad eterna, de la dueña y señora del universo, y solemne, misterioso, magnífico, profirió el juramento, único talvez en los anales de la historia de las naciones, de libertar y regenerar a su patria del dominio español: Su patria llamaba Bolívar a toda la América-latina. Aquel juramento audaz de un adolescente para empresa tan grande, tan enorme, desconcierta la mente al pensar q' lo cumplió desplegando heroísmos como de leyendas que, antes que pertenecer a la historia, pertenecieran al dominio de la Mitología y de la fábula. Es que los espíritus de los genios de las libertades y las luchas romanas se lo inspiraron? Ese gesto sublime es la mejor apoteosis de su grandeza; sin duda en aquel momento contempló con el delirio de su

imaginación ardiente, el mundo americano encendido en el frágor de las heroicas luchas, viose él mismo en la lid con su fulgente espada vencedora realizando los hechos prodigiosos de su genio, y el valor de una raza indómita para la servidumbre y generosa para el sacrificio de su sangre por la libertad.

Con esos hombres, los enormes sacrificios de los americanos, no podían ser estériles; las luchas desiguales sostenidas con grandeza de espíritu, no podían escribir el fracaso de la derrota sino la gloria del triunfo; pues las mismas derrotas del ejército republicano, después de hacer derroche de heroicidad en las batallas, constituían victorias morales sobre el enemigo.

En medio de ese monstruoso torbellino, entre el solemne espectáculo de carnicerías aterradoras, el seco chocar de las lanzas, el retumbar de los cañones a travéz del espectáculo imponente de esos dramas horripilantes, fundó Bolívar la República de la Gran Colombia, la heroica, la gloriosa, la que, después de infinitos sacrificios había de redimirse con ruidosas victorias y emprender en la redención del Perú y Bolivia. Y es que, cuando en el corazón de los pueblos palpita el amor por sus libertades y se enciende el odio por la

esclavitud, el baldón del ultraje quema las entrañas, los pueblos que se resuelven a realizar tan grandes empresas tienen que triunfar, porque la temeridad y la audacia en la pelea son fuerzas irresistibles, de cuyo valor se desprenden los gloriosos hechos que ennoblecen los fastos de las naciones.

Es que la América ha tenido también sus Gracos, sus Milciades y sus Temístocles, como tuvieron las libertades Greco-Romanas; y como Cartago tuvo su Aníbal, también nuestras naciones, tuvieron el suyo, pero Aníbal vencedor.

Después de que hubo terminado aquel furioso huracán de muerte de la guerra terrible, y la Diosa Libertad fué colocada en los altares de la gloriosa República que Bolívar fundara con el nombre de Gran "Colombia", ostentando los colores de su propia bandera y el escudo de sus triunfos inmortales; después que el triunfo de las armas colombianas escribiera el capítulo final de la magna epopeya, con las victorias de Junín y Ayacucho; ¡Ah,! entonces...! quisieramos borrar de la historia los hechos tristísimos que con las pasiones nefandas de los émulos de las glorias legítimas de los insignes capitanes, Bolívar y Sucre comienzan a desarrollarse con toda la brutalidad de la inquina:

las ambiciones surgen con depravaciones de venganza y de muerte contra esos colosos de la libertad; las calumnias contra Bolívar saltan como encrespadas víboras de sus cubiles para hincar el diente incisivo y envenenar el alma del Libertador. La traición armada del puñal asesino lo persigue cobardemente a la sombra; el egoísmo y la envidia roídos por la ambición y la codicia, no perdonan la superioridad de los genios, y la anarquía juntamente con las revoluciones intestinas, desgarran a los pueblos jóvenes que acaban de entrar en el goce de la libertad, salido que hubieron del caos de la servidumbre y del oprobio: Sucre es asesinado en las montañas de Berruecos el 13 de Junio de 1830 por los enemigos de su gloria y de sus grandes prestigios, y su sangre de héroe triunfador, de varón immaculado, de magnánimo guerrero salpica los rostros de los perversos asesinos, cuya mancha nunca pudieron quitarse, y cuyos nombres perdurarán en la historia, señalados por el eterno estigma. Bolívar perseguido por los odios, acosado por la venganza recrudecida, escarnecido por el insulto, descepcionado de la ingratitud de sus conciudadanos, sucumbe desamparado y triste en San Pedro Alejandrino, lamentando la suerte de Colombia, el 17 de Di-

ciembre de 1830.

Aquellos dos hombres cumbres que hicieron la gloria de la Gran Colombia, que fueron su ornamento y el respetable sostén de la política contra las desapoderadas pasiones de sus émulos, desaparecen temprano de la vida para resplandecer con el brillo que con la muerte adquieren los hombres verdaderamente grandes.

### III

Hemos dicho que las ambiciones desarrollaron con furor en los hombres de espada: en Venezuela, en la Nueva Granada y en el Ecuador se desencadenan tempestades, y la Gran República fuerte entonces y respetable cuanto gloriosa, se rompe en pedazos para quedar en la historia de la maravillosa epopeya colombiana, solamente el recuerdo. El General Juan José Flores dá en el Ecuador el golpe militar el 13 de Mayo de 1830 haciéndose proclamar por el ejército, y los pueblos subyugados por las bayonetas, Jefe Supremo del Ecuador, sabiendo según el decir del historiador, la llegada del Gran Mariscal de Ayacucho a Quito. Pero no llegó.... porque la vida preciosa del caudillo que era la esperanza del Ecuador fue miserablemente cortada.

Entonces quedó fundada la República, cuya carta fundamental expide la Asamblea constituyente reunida en Rio-banba, el 14 de Agosto, en la cual fué elegido Presidente de la República el mismo General Flóres. Aquella constitución declaró como religión del Estado "la doctrina Católica, Apostólica, Romana, con exclusión de toda otra", manifestación elocuente del fanatismo entonces dominante, y de las tendencias conservadoras; artículo constitucional deprimente para una República, obligada por la ley fundamental a observar una doctrina que el fuero interno de la conciencia de los ciudadanos, sus ideas y criterio, quizás rechazaban. Imponíanseles una creencia en materia religiosa, el acatamiento a un culto, cosa que se la haría respetar por la fuerza en las manifestaciones externas y acatarlas por la violencia que debía ir más allá del ultraje. Pero es qué la razón y el criterio de los ciudadanos debían ser impuestos por una ley cuyo fundamento consistía en la intolerancia fanática? Aquella fué la primera medida adoptada por un partido para establecer el contubernio político del poder civil con el eclesiástico, alianza que tan buenos resultados ha dado a los gobiernos conservadores para ejercer su dominio sobre los pueblos y desarrollar

la tiranía que de ella ha dimanado en todos los tiempos y en todas las naciones latino-americanas; leyes detestables dictadas por la intransigencia fanática, cuando no por la hipocresía, contrarias a la civilización y al buen sentido, con pretensiones de sujetar la razón ejerciendo dominio sobre la conciencia individual, como si la ley por ser ley, el poder por ser poder y la fuerza por ser fuerza, alcanzaran alguna vez la virtud del convencimiento y pudiesen cambiar creencias y criterios que nacen en la inteligencia con el estudio y se afirman en la conciencia con la comparación y el raciocinio. Pero he aquí, que el mismo artículo absurdo ha venido constando en las innúmeras constituciones que los congresos ecuatorianos expedieron, mientras los gobiernos conservadores o los vacilantes de medios tintes dominaron; ley irónica y retrograda que no se compadece de manera alguna con la forma republicana, porque principia por atacar las libertades más preciosas en el hombre: la libertad de creer y de pensar.

La primera ley que ha debido expedir la primera Constituyente del Ecuador, por dignidad y por justicia, ha debido ser la de manumisión de los esclavos; pero ni siquiera se pensó en aquella elocuente manifestación de una República que se fundaba; y la raza



negra continuó sufriendo los mismos rigores que en tiempo de la colonia; de suerte que vencido que fué el poder español, los hombres pertenecientes a otras razas quedaron libres y dueños de su autonomía; pero no lo fueron ni el negro ni el indio; ellos no gozaron de los hermosos beneficios que los demás hombres, habiendo contribuido como todos con el contingente de su valor y de su sangre; y a esas dos razas desamparadas de toda protección, de todo favor, se las mantuvo encadenadas a su negra suerte, al rigor de leyes que pugnan con los principios fundamentales de una república. No eran pues, el negro ni el indio dignos de tomarse en cuenta como hombres? No merecían la suerte de gozar de idénticos privilegios para escepccionarlos y mantenerlos oprimidos y vejados, tratados como semovientes, como propiedad de la raza blanca, como fueron en la época colonial? Ellos no vieron la alborada de la libertad lucir en el cielo sereno de la Patria; sus labios no entonaron el himno magnífico como los demás hombres, sino que asombrados, con el alma entristecida por el desaliento, amargada por las injusticias, enmudecieron de dolor. Era el desprecio a esas razas, o el egoísmo de la codicia? Andando el tiempo la raza negra fué manunitida por la constituyente reu-

nida en Guayaquil el año 1852 con el triunfo del partido liberal y bajo la presidencia del General Urvina, medida que se imponía en desagravio al escándalo de haberla mantenido irredenta en plena República: Urvina suspendió además el cadalso político erigido en triunfo desde la fundación de la República, ley q' volvió a dictarse durante las dominaciones conservadoras. Suprimió también el tributo de los indígenas que pesaba odioso contra esa infeliz raza, como ominosa carga desde el tiempo de la conquista; pero descuidó, desgraciadamente, de dar leyes liberales en favor de la raza indígena, que como todas las demás tenía derecho a gozar de idénticos privilegios y ser protegida por leyes igualitarias.

Hechos de tal magnitud enaltecen al hombre que a la cabeza de un Gobierno ha puesto en la práctica los principios democráticos, y hacen olvidar los defectos inherentes a los individuos, sobre todo, en nacionalidades incipientes como las nuestras, cuyo espíritu y tendencias participan muy mucho de las ideas y tendencias conservadoras de la colonia, de las cuales han quedado todavía hondas raigambres en el alma social. Por esto consideramos al General Urvina merecedor del aplauso ecuatoriano; porque quien supo decretar la li-

bertad del esclavo sin temor a la indignación de los propietarios, sin contemporar con la codicia herida, obró un bien mayor, dictando leyes y reformas tendientes a la regeneración social y política, valientemente puestas en la práctica por el liberalismo, aún cuando derogadas muchas de ellas, con encono, por los gobiernos conservadores que se sucedieron; en especial la pena de muerte por delitos políticos.

#### IV

Como escribimos acerca de historia, queremos hablar con la historia: El General Flóres no era el hombre que la República naciente del Ecuador reclamara para iniciar su nueva vida de nación independiente, sino un hombre de vastas virtudes morales, cuya ecuanimidad, talento y ciencia de gobernar se encontraran a la altura de sus amplias y legítimas aspiraciones de engrandecimiento; necesitaba un Sucre—tal era su aspiración—un hombre de esa categoría y virtudes que sirviera de saludable ejemplo a los magistrados que le sucediesen en el mando; un varón poseedor de excelsas dotes largamente comprobadas con los hechos, generoso cuanto prudente y magnánimo, popular y grandemente amado por los pueblos, en

especial por el Ecuador que, grato por los servicios prestados y por el triunfo de la Batalla gloriosa del Pichincha con la cual selló su independencia y autonomía, fincaba la esperanza de ser gobernada por el hombre meritísimo que, además de sus virtudes estaba ligado al Ecuador por vínculos de familia; pero el aprecio y admiración que los pueblos tuvieron por el grande hombre, por el immaculado, para quien la historia solo tiene alabanzas de glorificación, sirvieron para despertar la envidia, los rencores que la ambición herida en sus aviesos y funestos propósitos desarrollaran comprendiendo en él un estorvo para sus maquinaciones: la depravación que por propio instinto domina en ciertos hombres, hubo de cortar alevosamente la preciosa existencia de ese hombre cumbre nacido para los altos fines de la libertad de millares de pueblos, para redimir esclavos y crear naciones.

El Ecuador estaba hundido en la desesperación y el atrezo; los gobiernos del conservatismo hacían retroceder el progreso que en alguna administración liberal ganara, sobre todo en cuestión moral, apegados a sus rancias tradiciones, hasta que, con la revolución reivindicadora del 95 subió al poder el liberalismo, cuyo triunfo obtenido por

el valor de ese partido, viene marcando una era de engrandecimiento y progreso. El liberalismo sacó a la nación del caos: aumentaron desde entonces notablemente las rentas del Erario, consolidó la deuda externa, construyó vías ferroviarias y carreteras que unieran unos pueblos con otros; la propiedad subió en valor, y el comercio, la agricultura y las industrias tomaron alto vuelo. Dictó leyes verdaderamente republicanas garantizando todas las libertades: La libertad de cultos, la libertad de pensamiento, la libertad de conciencia; votó la Ley de Patronato, la de Matrimonio Civil, etc, etc; pues el progreso moral y material del Ecuador son muy notables desde que el liberalismo subió al Poder, y han marchado paralelamente. Pero la gente pesimista se empeña en sostener lo contrario en artículos declamatorios:— 'Que el Ecuador viene a menos; que su progreso se encuentra estacionario, y que nada ha hecho el liberalismo por el bien de la Patria.'— Fácil es, pues, negar lo evidente, cuando el odio y el egoísmo dictan los conceptos y tuercen el criterio; pero por más que se grite y se declame, los gritos del apasionamiento carecen de fuerza suficiente para que borrar pudieran las obras públicas que todo el mundo contempla en hechos tangibles y fe-

lizmente realizados: No es fácil borrar de una plumada el ferrocarril Interandino, obra prodigiosa de los gobiernos liberales y base principal y efectiva de su progreso; pues él dió vida a los pueblos cambiando su abatimiento y marasmo en actividad de colmena; modificó costumbres, aumentó la cultura, cambió ideas y comunicó a la Nación un nuevo espíritu de actividad en todos los ramos: Artes, ciencias, industrias y todo cuanto dá vida y valor a la Nación se derivan de aquella obra. Nadie se atrevería pues a negar las obras que el liberalismo ha realizado y las reformas saludables alcanzadas; pero creemos los ecuatorianos pesimistas, o mejor expresado, los que no se avienen con los gobiernos por buenos que sean, que el progreso de las naciones se improvisa en un solo lustro; pero es que, para juzgar acerca de una época y de los beneficios obrados por un partido político que ha gobernado la Nación, es menester mucha serenidad de criterio, para que de ella brote la imparcialidad y la justicia; una apreciación del todo en todo desapasionada para que la verdad resalte.

Siempre hemos creído que el progreso y adelanto de las naciones están sujetos a las leyes de la potencialidad productora, de las riquezas naturales, q'

son la dinámica que mueve todo el engranaje de su desarrollo económico y su desenvolvimiento general, relativo a las capacidades de que dispone, y que el progreso, para surgir más espléndido y más rápido, ha menester de rigurosa paz, de perfecta tranquilidad, condiciones que suelen asegurar la ecuanimidad de los partidos políticos, que se traducen en hechos positivos, si hemos de convenir alguna vez, en la gran verdad, de que el progreso no se aclimata a través de los torbellinos y las borrascas de guerras fratricidas, que lo espantan y ahuyentan con el horror de horripilantes tragedias.

Muchos son, pues, los agentes que concurren para que las naciones se eleven a su engrandecimiento, y muchas también las modificaciones que los pueblos en general han menester para alcanzarlo: así como la libertad dignifica y eleva a los pueblos que con heroísmo suelen alcanzarla, después de la tormenta, la paz es la que les pone en posesión del progreso que anhelan; pero mientras los partidos políticos mantengan su intemperancia de odios, prevenciones y venganzas encendidos en sus pechos; mientras la ambición de gobernar no sea movida por el fuego de un patriotismo sincero con el propósito de obrar beneficios, en vez de servir de

noble emulación y de saludable estímulo, solamente convierten en acicate de rencores perjudiciales, nada puede ajustarse a la razón para llegar a su fin saludable de bienestar y de grandeza

Mientras no modifiquemos a fuerza de filosofía y de lógica los ímpetus belicosos que por atavismo circulan en nuestra sangre, resistiéndonos a salir del medio ambiente de nuestra civilización, para prevenir el desastre general, emprendiendo en nuevas orientaciones con ánimo decidido y firme, sentando como base la armonía, la paz y la concordia, todos los ciudadanos y los pueblos en general, seremos responsables del estado de atraso del cual nos quejamos.

## V

Si nos pusiéramos a disertar acerca de los innumerables defectos que causan el lento desarrollo de nuestro progreso, muchas páginas tendríamos que escribir, acerca de los partidos políticos, y grandes verdades que sustentar pero si cabe exponer que, respecto a la época que el liberalismo viene ejerciendo el gobierno, ha hecho más de lo que ha podido hacer, a través de guerras y bochinches, a las cuales ha tenido que hacer frente paralizando toda acción de



adelanto. El liberalismo no se ha dormido sobre los laureles de sus triunfos, y sí ha desplegado la actividad relativa a los medios de los cuales le ha sido posible disponer. Se creyó sin fundamento cuando triunfó y se elevó al Poder, que con ira diabólica, con saña de fiera y con ímpetus salvajes arrasaría los templos; que no dejaría en la nación hombres de zotana; que de manera porfiada y vengativa destruiría la Religión, quemaría los altares y las imágenes y atacaría directamente las creencias; pero nada de estos excesos ha cometido: ni el clero ha sido perseguido, ni el partido conservador puede quejarse de venganzas y prevenciones desarrolladas contra sus miembros, a pesar de haber dado lugar con sus frecuentes provocaciones de revoluciones y bochinches; al contrario ha hecho lujo de lenidad con los enemigos.

Y no es que cerremos los ojos del criterio y de la justicia para apasionados y parciales atribuir al liberalismo ecuatoriano solamente éxitos y aciertos en su gobierno, desde que a su cargo tomara el destino de la Patria; como escribimos acerca de la historia de la República, reconocemos también sus errores, su falta de escuela y de doctrina, su falta de compactación, y más aún las ambiciones tremendas desperta-

das, ora en sus hombres de espada constituidos en caudillos, ora en sus hombres civiles dirigentes de la política: unos y otros dieron escándalos disgregándose del núcleo fuerte para formar pequeños bandos aislados, empujados por tendencias suversivas, por ambiciones intemperantes, quizá también por codicia y caprichos mal sanos, de rivalidades y de odios. Cada hombre de charreteras elevado a un grado superior de la milicia, creíase con derecho a ocupar la Presidencia de la República; así el soldadote de montoneras ignorante y brutal, como el hombre civil de campanillas sin prestigio, petulante y ageno de modestia; así el comerciante enriquecido y vacilante entre los colores políticos como el que llegó a ocupar una cartera en el gobierno o un cargo diplomático; muchos o la mayor parte han sido pretendientes a la presidencia del Estado y han contribuido para el derramamiento de sangre, provocando contiendas criminales; han despertado venganzas, han producido desencantos en la nación, estableciendo la anarquía política en el mismo partido; y por qué no decirlo? algunos Jefes del Estado, han derrochado como propias las rentas del Erario nacional, etc, etc; pero en medio de todos esos errores, a través de todos esos defectos y pasiones, sus orien-

taciones generales, han tendido siempre al progreso, y entre los trastornos políticos en que ha avanzado, sus tendencias, por lo menos, han sido definidas hacia un fin de engrandecimiento general. Tampoco ha desarrollado el liberalismo en la intransigencia y la intolerancia; ha respetado las ideas doctrinarias y políticas, y jamás ha incurrido en los excesos de la tiranía.

## VI

Pero ya es tiempo de que el Ecuador emprenda decididamente en edificar su progreso; no es posible que un país joven recién salido de su menor edad, decrepita envejecido por los desordenes de las frecuentes guerras civiles y sienta el mórtal desaliento de los vencidos, de los que nada esperan sino el fracaso en su porvenir asistido del fatalismo que inutiliza la acción y las actividades que levantan a los pueblos. Para eso es menester que los hombres que continúen sucediéndose en la magistratura, los dirigentes de la cosa pública, entren en razón y estimulados por los saludables ejemplos que los magistrados de otras naciones más felices y prácticas suelen darnos, imiten su civismo y se alejen de los viciados sistemas. ¡Es, pues, menester, que no se su-

cedad las horribles fealdades de ciertos gobiernos anteriores que con sus procedimientos malsanos y antipatrióticos escandalizaron a los pueblos, si por ceder debilmente a los intereses creados de miembros de ciertas instituciones bancarias, si por inercia y contemplación a los magnates del capital, cayendo sino en culpabilidad directa, en criminal complacencia, y dando motivo para que la nación entera se exaspere y entre en aquel grado de despecho a que suele conducir el desaliento.

Es menester que los gobiernos liberales que se sucedan, correspondan a las esperanzas de la nación y respeten su propia doctrina y su código político, acreditándolos con hechos que borren en algo las feas imprudencias del pasado, absteniéndose de violar la Carta Fundamental de la República, declinando procedimientos impulsivos que tocan en los lindes de un despotismo insano, alejándose de la norma de los principios doctrinarios a fuerza de cometer abusos deslayados contra los derechos ciudadanos.

Es menester cortar ya por lo sano y caminar con rectitud y nobleza de miras, con orientaciones de justicia. Tal sucedió en los gobiernos anteriores a la transformación juliana: el pueblo empobrecido por los desaciertos e impru-

dencias de magistrados que subieron al mando con tantos alardes de patriotismo ofreciendo a la nación ríos de leche y miel, hubo de sufrir el desaliento consiguiente al ver más acentuada la terrible crisis, sin que se remediasen las angustias de su estado económico.

El papel emitido por los bancos emisores absorbió sin piedad la riqueza general empobreciendo a la Patria explotada sin compasión, mientras aquellas casa de usura, realizaban ganancias fabulosas sin rubor ni escrúpulo; mientras los *truts* monopolizadores de los pocos artículos de exportación y de las letras de cambio, continuaban por otro lado chupándonos la última gota de sangre, el aliento y la vida misma; mientras varios sindicatos desplegaban también por su parte como en competencia absorvente, un cúmulo de ignominias sin precedentes en la historia.

Los candidatos a la magistratura de la República no deben prometer en sus manifiestos tantas maravillas con las cuales fanfarrona y fantásticamente suelen engañar, por que los pueblos han llegado a comprender q' aquel es un sistema con el cual habiendo sido eternamente burlados no creen ya; deben prometer solamente lealtad, honradez, pero honradez cierta; patriotismo, pero patriotismo seguro, que no los haga padecer el de-

sencanto de la burla, la descepción de lo falso y apócrifo; deben prometer rectitud de carácter y acrisolada honradez y mucho respeto a las leyes fundamentales y a la justicia y esas promesas que se realicen unidas a sus talentos y conocimientos en el gobierno, harán mucho de bueno en favor de la Patria.

Si los magistrados ecuatorianos fueran poseedores de aquella saludable ambición de grandeza y de gloria que suele distinguir a los varones superiores, y subieran al solio presidencial armados de una fuerte coraza de carácter y energía, de serenidad y de valor para dominar sus propios ímpetus y sobreponerse al servilismo y a la adulación de quienes les rodean, ante cuyos alhagos suelen sucumbir casi siempre los honrados propósitos y patrióticas intenciones del primer magistrado, la República sería feliz; pues hemos visto ya y no es cosa nueva, que la adulación de los aúlicos, suele cabar muchas veces la sepultura de las más grandes y honrosas reputaciones de los dirigentes de pueblos.

Con el siglo vivido de nuestra historia que cumplimos hoy, debemos abandonar los pueblos nuestras tendencias al desorden, nuestras embriagueces de bélico corage y ser más gubernamenta.

les y pacíficos para ser más felices; y a su vez los dirigentes de la política, los gobiernos que se sucedan en adelante deben entrar en un ambiente de mayor sensatez observando un régimen de gobierno de un republicanismo más amplio, desplegando mayor ecuanimidad y mejor tolerancia. Muy sabido es que, por buenos, por justos, por honrados y leales que sean los gobiernos que rigen una nación, jamás estarán libres de tener bandos dicidentes y prensa oposicionista; jamás se hallarán a contentamiento general de la opinión pública, porque tales son las tendencias naturales de los asociados y no tenemos razón ni derecho para contrarrestar las opiniones por la fuerza del poder sino por el convencimiento de los hechos, traducidos en buenos y útiles manejos de adelanto y progreso.

Es pues, una dolorosa anomalía, un absurdo de los gobiernos pretender detener la opinión expresada por la prensa, matar el pensamiento y las ideas vertidos a las frases; aquella intolerancia elevada a los extremos debe desaparecer ya cuando una nación se llama república y no imperio absoluto; cuando el Jefe de un estado es un Presidente Constitucional y no un emperador; pues mientras un gobierno gaste intolerancia y demasiada suspicacia en corre-

gir y castigar la oposición, estará siempre reñido con los principios democráticos.

Por desgracia en nuestra historia política contemporánea abundan los desaciertos de los gobiernos en no tolerar que nada se diga en su contra y que cuanto los periódicos publiquen ha de ser solamente aplausos y no reproches; pero ni siquiera tienen la generosidad de conceder q' se analicen los negocios públicos con criterio libre e independiente. Las palpitaciones de los pueblos son diversas; lo que entusiasma a unos desagrada a otros y no solamente han de aguardar los poderes públicos el aplauso sino el contrarresto. A ese contrarresto deben hacer frente con cordura, con serenidad y tolerancia; pues la mejor apoteosis para un gobierno bueno, aún cuando hubiera tenido oposición y sus actos hayan sido muy debatidos, son las obras y los buenos manejos en el respeto a las leyes y en el acatamiento a la justicia y a los derechos de los gobernados.

## VII

Muchos excesos han cometido algunos gobiernos conservadores y liberales; unos y otros han dado escándalos que repugna recordar, pero sea este un



motivo para citar un gobierno que teniendo color político conservador, resultó ser muy liberal; pues tenemos bastante imparcialidad y justicia para reconocer los méritos de los magistrados del partido opuesto cuando ellos hanse distinguido por su honradez, patriotismo y prudencia en favor de la república, y no por pertenecer al partido radical hemos de tener el egoísmo de negar las excelencias de sus hombres distinguidos. Nos referimos al gobierno del doctor Antonio Flóres Jijón y nos complace expresar, que, si las administraciones del padre fueron pésimas, el gobierno del hijo fué magnífico y dejó belios ejemplos de sensatez y liberalidad. Flóres dió libertad de imprenta y no restringió el pensamiento por destemplados e hirientes que fuesen los panfletos que entónces lucían los periódicos; como un lujo respetó la Carta Fundamental; acató las leyes, y todos los derechos del pueblo estuvieron garantizados por una sabia tolerancia; consiguió que se suprimiesen los diezmos, aquella montaña de plomo que sobre los pueblos pesara indebidamente como una de las más grandes calamidades; arregló la deuda del Estado ventajosamente; no robó ni mató, fue un gobierno republicano y demócrata sin el menor asomo de despotismo y dejó gratísi-

mos recuerdos para la historia.

Ya pueden convencerse los del bando conservador, que los liberales no los atacamos por sistema ni por odiosidades y que sí sabemos reconocer las virtudes de los hombres prominentes de su partido, cuando éstos se han distinguido por sus virtudes y prudencia catonianas como el doctor Antonio Flóres Jijón, sin seguir la corriente garciana de aberraciones, intolerancia y fanatismo reprobados por la civilización; cuando sus manos no se han manchado con sangre; cuando las puertas del panóptico no se han abierto de par en par para dar entrada a cuantos varones ilustres tubiera el liberalismo ecuatoriano y ser atormentados en aquella odiosa masmorra digna de la época medioeval sucumbiendo con muerte lenta como el doctor Juan Borja, o han sido sacados camino del ostracismo para morir de nostalgia fuera de la Patria.

Cuando los hechos y las virtudes han culminado en los hombres del conservatismo, jamás hemos dejado de reconocerlos y aplaudirlos; pero si hemos sentido sublevarse nuestro ánimo de indignación, cuando cualquier gobierno sea conserbador o liberal, se ha alzado con todos los derechos ciudadanos, ha pisoteado las leyes constitucionales y ha vilipendiado la libertad burlándose con

brutalidad de la república; porque las medidas de terror desplegadas por los gobiernos impopulares al amparo de la fuerza son la tiranía y la barbarie desafiando a los pueblos con el gesto siniestro de las furias.

De ahí que, entre tantos gobiernos que hemos visto desfilar en la historia ecuatoriana, destácanse con brillo y esplendor los pocos buenos que hemos tenido, y los magistrados que los han presidido adquieran los altos relieves de sus personalidades, como buenos, como patriotas y como grandes, blasones envidiables que adquieren aquellos que han sabido sobresalir en el cumplimiento del deber patriótico, por la honrría de bien y por un carácter leal. Pero como hemos de tener frases de aplauso para la arbitrariedad, para la sinrazón del despotismo y el menosprecio que ciertos gobiernos y en diferentes épocas han tenido para la nación? No; la alabanza no es tan barata para prodigarla, ni la literatura abyecta ha sido jamás de nuestro gasto. ¿Como podríamos, por ejemplo, tener frases de ensalzamiento para el gobierno del Dr. Tamayo, por más que ese Magistrado pertenezca al partido liberal? Resultó todo un fracaso, y sus desaciertos, la terquedad de sus actos, su carácter autoritario, la festinación de los negocios

importantes del Estado y la suma debilidad en detener aquella pasión desenfrenada de ciertos bancos emisores, ha dejado una memoria muy ingrata en la nación, y bastante doloroso es tener que recordar aquel período durante el cual el desaliento se marcó en el pueblo ecuatoriano. No queremos analizarlo detenidamente ni la ocasión es propicia para ello; pero tampoco podemos prescindir de la necesidad de apuntar algunos de los más deslayados errores de su gobierno, sin atacar desde luego su honradez personal en la cual creímos. La adjudicación del estancamiento de los ramos de aguardiente y tabaco, casi en secreto, a los sindicatos organizados, sin convocar a licitación, por sumas irrisorias, con manifiesto perjuicio de las rentas públicas, fué todo un desastre, el cual se halla más que suficientemente comprobado con el resultado práctico que el Estado ha obtenido con el propio manejo de esos ramos los más importantes. Semejante festinación irritó los ánimos del pueblo y dió lugar a murmuraciones y comentarios desfavorables contra aquel negocio.

Pero el Dr. Tamayo quiso demostrar su autoridad desarrollando toda una antítesis del programa político que echara a volar, tan lleno de promesas y maravillas para la nación que no po-

díamos esperar más sin caer en exigente necesidad: el descargaría al pueblo de muchos impuestos que sobre él pesaban y no permitiría que se criasen otros nuevos; no viajaría en carros expresos ni él ni sus ministros por no gravar a la nación con gastos inútiles que son un derroche inconsiderado, etc, etc. El propósito era magnífico y muy democrata por otra parte, pero en ningún gobierno se hizo uso más exajerado de ese consentimiento. El pueblo con razón esperó su administración con ansia delirante. Pero como nó? El iba con inconcebible acierto a remediar todos los males que afectaban a la Patria: Economía pública, negocios internacionales, etc, etc; porque era el Solón o el Licurgo ecuatoriano, el Lincoln o el Jefferson llamado a redimir a la Nación abatida.

A donde no llegó la fama colosal del doctor Tamayo? En que pecho patriota no encontró eco su inmenso prestigio? Colegios universidades, talleres y fábricas, ciudades y campos, se inundaron con su fama, y ricos y menestrales, nobles y plebeyos, ciudadanos y campesinos, sabios e ignorantes, viejos y jóvenes y hasta mujeres y niños pronunciaban con admiración el respetable nombre del presunto Redentor de la Patria. Pero lástima grande, las pro-

mesas escritas con literatura optimista, con derroche de lirismo patriótico, convirtiéndose en cuanto subiera los escaños del solio presidencial en opuestos y desalentadores manejos, y el gobierno del hombre de quien los pueblos esperaban todo bien, su salvación misma, solo dejó en el país una amarga desilución viendo frustradas sus esperanzas de engrandecimiento fincadas en el hombre que con tanto entusiasmo elevara a la primera magistratura de la República. Todo lo olvidó al subir al poder: serenidad, cordura, patriotismo, y todas las imprudencias, todos los prejuicios remplazaron a tan fantásticas y maravillosas promesas. De ahí que, los pueblos ya no creen en los programas políticos de los postulados para las candidaturas de la república y miran con desden y con sardónica sonrisa los brillantes manifiestos.

## VIII

La revolución juliana corrigió algunos entuertos, castigó algunos desagui-sados, enderezó algunas injusticias, reparó algunos males arraigados ya profundamente en la administración pública; emprendió en el arreglo de los bancos y en la dura corrección a la usura desenfrenada que tan impiamente

con ansia de avaros explotaron y empobrecieron a la nación; fué aquella su mejor y más acertada obra.

A todos los grandes y delicados problemas económicos dieron los gobiernos, demasiada tregua, o no quisieron resolverlos bajo pretextos fútiles permitiendo que continuasen, en su nefanda labor, indiferentes a los intereses generales; procedimientos cobardes que podían traducirse en complicidad de los abusos del capitalismo, rey y señor en aquella época, de toda la nación, inclusive del mismo gobierno cuyo poder hallábase avasallado a la influencia del capitalismo.

La derogación de la Ley Moratoria se imponía; el pueblo clamaba en vista de las iniquidades de uno de los bancos emisores de billetes que no representaban valor. Esos billetes nunca amortizables deshasíanse por viejos e inútiles en las manos de los tenedores, porque los bancos ni siquiera los recogían para remplazarlos con otros: fué una cruel ironía, una burla hecha a toda la república, y la nación entera murmuraba ya con ira y despecho viendo que todos los intereses de los ecuatorianos se lesionaban mientras aquella institución bancaria continuaba absorbiendo con cinismo la riqueza nacional. Era la tiranía del capital entronizada sobre

todos los poderes públicos, que tomaba cada vez inmensas proporciones que lo avasallaba todo a su codicia nunca satisfecha, y aceleraba la ruina de la república, abrumando, sobre todo, al proletariado, el cual sentía con mayor rigor el despotismo de la usura y el agio.

El *reinado* de esa institución emisora de papel sin valor fué abrumador, su despotismo pesaba agoviante, con brutalidad e imprudencia sobre el pueblo, porque los mismos poderes públicos con su desentendimiento criminal le autorizaban para que se aprovecha con escándalo. El apetito de riquezas fué insaciable, revistió caracteres concupiscentes, y los pueblos, juntamente con su desesperación revelaban ya su odio; la indignación popular rugía sordamente.

Pero luego se sucedió el gobierno del doctor Córdova que tuvo el acierto de elegir un buen Ministro de Hacienda: Miguel Albornóz con su talento fecundo, su honradez comprobada, su carácter recto y patriotismo reconocido, comenzó a manejar la hacienda pública, a arreglar los problemas económicos con el tino y la prudencia en él característicos; a enderezar los torcidos y viciados manejos de esas casa de usura; pero desgraciadamente ya sabemos para lo



que sirven en nuestro país los hombres rectos, honrados y de talento; los que tienen hombría de bien y pundonor; aquellos que saben empuñar la espada de la justicia, la espada de Breno; los que con mano fuerte y ánimo resuelto atacan las maquinaciones criminales de la abyecta codicia, los que no rinden parias al poder del oro; la honradez y rectitud de Albornóz era un estorbo y la digna altivez de su carácter no podía merecer la aprobación del jefe del Estado, y encontrándose como un estorbo en aquel gobierno, tuvo que renunciar la cartera de Hacienda de manera irrevocable para retirarse a la vida privada. Ya conocemos cual era la rutina de los magistrados de antaño: deshechar a los hombres de verdaderos merecimientos o procurar alejarlos en cuanto su incorruptibilidad era conocida.

Hemos dicho que la pacífica revolución juliana vino a salvar a la nación del desmedido abuso del capitalismo; aquella fué su mejor obra y mereció el aplauso general del pueblo ecuatoriano y de las demás naciones; pero mucho queda por hacerse; no basta haber principiado, es menester continuar con empeño y con fe para realizar el ideal del progreso moral y material al cual todos los pueblos y las razas propenden por natural inclinación.

No condenamos la ambición de los hombres cuando el afán de elevarse es movido por santas y nobles tendencias, cuando sus propósitos están encaminados a fines de engrandecimiento y de gloria basados en las virtudes, en el patriotismo y el talento puestos al servicio de la humanidad; cuando en vez de la corona de humo que la mediocridad busca en la adulación y el encomio baratos, en la preponderancia superflua y en la codicia menguada, anhelan la fama de la historia que es corona inmarcesible. Pero esos hombres que persiguen un ideal fecundo, constructivo para la humanidad, marchan por el sendero del sacrificio luchando como mártires del deber altísimo que ellos mismo se imponían, combatiendo injusticias y odios, saltando sobre montañas de dificultades, caminando entre borrascas y dejando en el tránsito de su vida agitada, desgarraduras de su propio corazón, de su propia alma, aun cuando después del sacrificio, de las decepciones y las tristezas apuradas gota a gota, adquieran con su muerte, la fama merecida a los esfuerzos consumados por el valor y la porfía de un gran carácter; porque para el hombre verdaderamente grande, para el verdaderamente virtuoso, la muerte es el amanecer de su gloria. Y aquel que

posee ambiciones debe poseérlas con grandeza, renunciando a toda pequeñez con alturismo, con heroísmo, para no enfangarse en las mezquinas pasiones que con el poder suelen casi siempre desarrollarse.

La administración de una república, a nuestro honrado criterio, no es cosa fácil ni llena de flores y de alhagos; para el hombre que comprende la enorme misión que los pueblos le han confiado y lleva en su espíritu la conciencia de su responsabilidad y de su nombre. Por eso que, el hombre que acepta aquel elevado cargo, aquel honor, debe subir los peldaños del solio con el convencimiento de que, para cumplirlo, ha de hacer un esfuerzo para dominar ante todas cosas, sus propias pasiones y sus ímpetus, considerando que no se pertenece ya a sí mismo, a su egoísta interés personal, sino al bienestar de los demás quienes le han elegido depositando en él su confianza y su fe para que los conduzca con todos los nobles esfuerzos de su saber y patriotismo sinceros a la felicidad y a la paz.

El corazón de un pueblo busca otro corazón más fuerte para que le represente; su talento busca un talento más firme y sereno, más profundo y más sabio; el Magistrado ha de responder a su confianza, y, aquel que no sienta arder en su pecho el fuego del sacrificio, la lla-

ma de la abnegación y del deber encendida en su espíritu, la necesidad heroica de los renunciamientos de sus propias pasiones, de sus personales tendencias, contra las banidades que en su alma despiertan. Si no ha de llevar como antídoto que contraresta el vértigo que las alturas producen en el hombre y se considera incapaz de señirse el peto y la coraza de un carácter templado en las virtudes sólidas, convencido que es el centro y el foco de las aspiraciones felices de los pueblos, debe abstenerse de un compromiso tan solemne, de un encargo tan árduo.

Una voluntad honrada y muy firme ha de llevar al poder el ciudadano elegido para los altos fines del gobierno de una nación; no es la soberbia, no es el despotismo, no es la vanidad los medios que ha de poner al servicio de la administración pública; es la tolerancia, la magnanimidad el tino político y la represión abnegada de los ímpetus estallantes de la ira sin descender a la debilidad, el esfuerzo supremo que tiene que desplegar para guardar el equilibrio saludable de la política, de la paz y del orden.

Hemos puesto a grandes rasgos ejemplos históricos de algunos gobiernos, prescindiendo de la pretención de analizarlos detenidamente; unos buenos y otros ma-

los, ajenos del apasionamiento egoísta de colores políticos, ya que los aciertos de los unos merecen alabanzas y los desaciertos capitales de otros, reproches merecen, mayormente si los hacemos con imparcialidad y sin enconos, sin otro incentivo que el de la verdad histórica; porque creemos que es bueno aplaudir y fustigar para dejar un estímulo a los magistrados que se sucedan.

Pero es que, a un liberal-radical-le es dado aplaudir y hablar bien de un magistrado conservador? Nos parece escuchar estas frases pronunciadas por algunos liberales, con palabras malintencionadas y mirando de soslayo al autor.

Pues de antemano plácenos contestar a estos torcidos criterios: A un liberal-radical que lo es verdaderamente por convencimiento doctrinario y porque anhela que el código del liberalismo que contiene la excelstitud de idealidades magníficas, y cuyas aspiraciones de reformas no conocen límites, no le está vedado ser justo y emitir su criterio imparcial, cuando algunos de los miembros del conservatismo ha sobresalido por su patriotismo, su talento, y saliendo de las rancias doctrinas de tiranía y opresión, sistemas establecidos por la época garciana, han sabido ser verdaderamente republicanos. El ser liberal no exige la

obligación de ser egoísta: He ahí los prejuicios de algunos liberales, creer firmemente que el liberal ha de odiar por sistema y ha de abrigar inquina, grande inquina para todos los miembros del partido contrario así sean poseedores de singulares merecimientos.

No; el liberalismo no consiste en los odios reconcentrados desplegados a bandera batiente y expuestos con fanfarronería, sino en la sana compensación de las ideas, en el convencimiento firme de su credo político y doctrinario, para llevar altos los ideales de regeneración social, de derechos y de justicia. Ser liberal no es ser rencoroso malintencionado y egoísta, para negar a los partidos contrarios el derecho de intervención en los asuntos públicos que a todos los ciudadanos corresponde y conviene,

Bastantes ocasiones hemos tenido de ocuparnos de los renegridos hechos de los gobiernos de García Moreno y otros aferrados al sistema impío e inquisitorial de la tiranía, y los hemos presentado con sus odiosas pasiones de ferocidad insaciable de víctimas, con sus intolerancias de jesuítas imponiendo doctrinas y propagando el fanatismo con las persecuciones intemperantes de su carácter de furias: para los malos la execración; para los buenos, los virtuosos, los que han servido a la patria con lealtad

y alturismo, nuestra admiración y nuestras alabanzas: "A todo señor todo honor".

También hémonos ocupado bastante de los gobiernos del primero Flóres tan tiránicos como los de García Moreno, y hemos increpado sus deslayados procedimientos, su nefando sistema de gobernar pueblos; pero con pluma candente también hemos hablado acerca de los errores liberales, porque la prensa debe corregir aunque sin insultar: contra los errores han de oponerse razones, pero nunca la procacidad que ofende al mandatario y denigra al escritor. Entendemos, pues, que la ofensa grosera no es la lógica que convence, no es el razonamiento sino el producto de la irascibilidad y la turbación del ánimo, y el escritor y el periodista que quieran discutir ideas y combatir prejuicios debe gastar la cultura serena si sabe respetar al público para quien escribe y respetarse a si mismo.

## IX

Los pueblos sienten ahora más que nunca los altos ideales de su progreso, y pueblo y gobierno deben aunar esfuerzos, con cívico entusiasmo para alcanzarlo; necesitamos patria grande, patria culta que sea respetada por las demás.

naciones y no menospreciada por su atrazo y prematura decadencia; necesitamos orientarnos para conseguir ese fin cuyo anhelo es virtud. El nuevo siglo de vida republicana debemos principiar a vivirlo con propósitos más vastos y encender en nuestros espíritus ideales más excelsos de engrandecimiento, sustentados siempre por el patriotismo y la fe puestos en el triunfo: hay que construir, hay que edificar; el que labra la tierra y la siembra, cosecha los frutos que son premio al trabajo, a la labor fecunda, a la actividad y la fuerza del músculo; y si el pueblo quiere cosechar frutos de progreso, ha de sembrar entusiasmos. Tengamos como cierto, como verdadero, que el alma de los pueblos desfallecientes, fría y vacía de interés patriótico, la voluntad gastada para emprender en las luchas a favor del adelanto, las actividades decadentes, nada consiguen de grande ni de noble.

El anhelo que despierta en el corazón de los pueblos debe ser ardiente como el amor en los corazones jóvenes, y ese anhelo es la dinámica que el Ecuador necesita para levantarse, el cual todos los ecuatorianos debieramos abrigar; porque con frialdad, con esa como resignación musulmana, incapaces seremos de impulsar nada. Los pueblos para surgir necesitan de esa voluntad aunada



para formar una gran fuerza efectiva de acción, así como una máquina necesita de resortes fuertes y de sólido y no gastado engranaje para funcionar.

Arrimemos las viejas armas de las conspiraciones, dejémoslas enmohecerse como inútiles, como perjudiciales, convencidos de que la guerra solo produce inauditas catástrofes de sangre, el horror de las matanzas fratricidas, y pidamos justicia, exijamos el cumplimiento de los libres derechos inherentes al pueblo, solicitemos las leyes de la igualdad republicana, con energía, sí, con bastante energía, pero sin guerra. Mientras la locura de la guerra exista en la mente popular turbando la razón y exsaltando los ánimos, retrocederemos siempre; porque ella, en esta avanzada época no es ya la sangría saludable que los países necesitan sino la sangría mortal; es la anemia.

Ahora las ideas excelsas se imponen ya sin hecatombes de sangre, sin danzas macabras, sin ese horrible aparato que lleva el duelo a los hogares con la horfandad y la miseria. De la paz y la cultura, de la instrucción pública bien meditada y sabiamente reglamentada; de las escuelas y los colegios saldrá amasado el progreso del porvenir, si de tal suerte lo preparamos con los santos afanes de educar al niño que ha de ser

el hombre de mañana, más apto, más preparado para las luchas pacíficas del Progreso, para vencer dificultades y realizar nobles ideales con la voluntad y el saber, con el afán y la ciencia, dentro de la paz y del orden, dentro del trabajo redentor que santifica y sublimiza.

Sí, hay que criar hombres para las luchas pacíficas: los Estados Unidos del Norte son un gran país, porque los hombres luchan para la vida y es la bendición y es la fuerza poderosa que se ha creado con el martillo. En el yunque ha elaborado esa nación portentosa su progreso y su poder de nación respetada y con harta razón temida. El trabajo es su fuerza, y por eso es Cíclope; el trabajo es actividad y movimiento y camina como Mercurio sobre las aladas ruedas de la industria. Aprendamos un poco imitando a las grandes naciones; respetemos el taller como un templo y contemplemos a la tierra con amor como que es nuestra madre que nos sustenta: ella nos alimenta en la vida y nos recibe en su seno cuando morimos; el pico y la azada puede engrandecernos si carecemos de industrias y otros medios.

Pero procuraremos también tener industrias: establezcamos escuelas de mecánica: la mecánica ha echo naciones prepotentes, grandes y respetables; la mecánica tiene el mágico poder de

dar vida y movimiento a la materia bruta como si la dotara de un alma, de una inteligencia poderosa, de una voluntad; en una maquinaria parece que estuviera viviente el alma misma del hombre, su sabiduría y su ciencia; su movimiento es vida; la sirena del vapor es algo como la voz de triunfo que el progreso entona magestuoso y solemne.

Horademos la tierra para de sus entrañas fecundas extraer los metales que dan vida a tantas industrias: el hierro es la mejor y más sólida riqueza de las naciones y su mejor oro: abramos minas y formaremos pueblos fuertes y enérgicos. Establezcamos industrias para que la mujer se ocupe y tenga trabajo remunerativo para la subsistencia; comprobado está hasta la sociedad que la necesidad y la falta de trabajo elabora la corrupción y aniquila la sociedad; la ocupación es fuente de salud moral y material, es el reconstituyente poderoso de las naciones permaturamente debilitadas y envejecidas que decrepitan jóvenes.

Todo esto puede conseguirse, puede hacerse contando con la buena voluntad de los gobiernos, con su patriotismo a la par que con el decidido apoyo de las masas. Así tendremos pueblos educados para la vida noble y fecunda de la colmena humana y no para el arras-

tre y la masacre hijos de la barbarie que insultan la civilización y escupen saliba sanguinolenta de odio en la faz divina y sacrosanta del progreso.

## X

Las masacres civiles, las guerras domésticas, las danzas canivalescas desarrolladas con tremendo escándalo, nos hacen pensar con tristeza en los horrores que la ambición unida a la codicia de los hombres caudillos, de los partidos reaccionarios y del fanatismo aunados para el odio han dejado para manchar más y más nuestra historia.

Pero no recordemos por ahora esos hechos con los cuales el espíritu se constrieta, el hombre se indigna ante el rudo salvajismo de un pueblo empujado por manos criminales por los Maquiavelos de la política mal intencionada, y callemos aquellos acontecimientos dolorosísimos que son ludibrio de otra época. Callémoslos para que la historia falle acerca de crímenes que permanecen en el misterio. Pero repito; no criemos pueblos para las horrendas masacres de la guerra y el crimen, que no permita la Providencia que se repitan jamás ni en nuestra patria ni en ninguna otra nación; eduquémoslos para la acción del trabajo bienhechor, para las santas lu-

chas por la existencia; eduquémoslos para la civilización; criemos escuelas hasta en los más insignificantes villorios, y de aquellos templos en que se modela el niño saldrá la luz con el hombre consciente de sus deberes y los actos de la vida ciudadana.

Y ahora pues, ¿qué nos resta decir? ¡Oh! mecho, mucho quisiéramos decir, muchas cosas quisiéramos expresar en este ensayo escrito a grandes rasgos; pero vá para largo, y nuestro propósito no fué escribir la historia de los acontecimientos políticos con sus detalles ni hacer el recuento exacto de ellos, sino lijerísimos rasgos de uno que otro suceso, muy de pasito... Pero hay tanto que censurar, tanto que condenar, y nosotros no poseémos la especial y profunda filosofía que han menester los hombres para escribir historia, ni la serenidad de Plutarco, para hacer la apología de los bombres. Y que historia!... la de un siglo de borrascas políticas vivido bajo nubes preñadas de truenos, envueltos en un laberinto de odios, respirando el ambiente de la pólvora quemada y de la sangre vertida en las guerras fratricidas a las cuales hemos vivido entregados, trastornos provocados las más de las ocasiones por la tiranía ruda, por la ineptitud y la rapiña de gobernantes sin pudor convertidos en caudillos; cuadros en las calles parece q'

danzaran, pavorosas y fantásticas visiones como en un horrendo carnaval de sangre.

El Ecuador debe resurgir, pero con nueva sabia, con idealidades más amplias y liberales, con entusiasmos más vigorosos, más fecundos; debe resurgir con la juventud intelectual que actualmente se levanta mejor preparada para iniciar las luchas que han de triunfar en el futuro, luchas pacíficas que consisten en la propaganda de ideas nuevas, de aspiraciones excelsas y en el convencimiento. Esa acción pacífica pero reñida, esa guerra civilizadora y constructora pertenece a las generaciones jóvenes que llevan en el alma el fuego delirante del entusiasmo que es fuerza, y en el pensamiento la noble locura del vencimiento en los torneos ideológicos que es acción. Las plumas de los viejos roídas ya por el orín poco o nada consiguen, por que sus entusiasmos son decadentes y tardos, por altos que sean sus pensamientos. La juventud siente el gozo de crear y a ella corresponde la labor constructora de una nueva alma nacional, asistida por la fe y la esperanza del éxito.

FIN